

PEDRO J. RAMÍREZ

Palabra de director

Las memorias
del periodista que nunca
ha temido a la verdad



PEDRO J. RAMÍREZ

PALABRA DE DIRECTOR

*Las memorias del periodista que nunca
ha temido a la verdad*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Pedro J. Ramírez, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2021
Segunda impresión: noviembre de 2021
Depósito legal: B. 16.047-2021
ISBN: 978-84-08-24924-5
Preimpresión: Realización Planeta
Impresión: Rotoprint
Printed in Spain – Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Índice

El director más joven de España	13
Mis dos 23-F	51
De la luna de miel a la luna de hiel	86
Ese gato blanco o negro que cazaba ratones	122
El año que viví peligrosamente	142
Adiós a Camelot	168
La creación de <i>El Mundo</i>	185
«González contra <i>El Mundo</i> »	200
Entre Ibercorp y la amante del Rey	223
El auge de Aznar, la caída de Conde	238
Roldán, el búnker y Amedo: tres exclusivas de película	267
David contra Goliat en el Museo de los Horrores	307
La amarga victoria desde el otro lado de la red	326
El último atentado de los GAL	350
González ante el Supremo: una foto para la eternidad	381
Aznar, Anguita y yo..., «la misma mierda»	393
Los tres asesinatos de López de Lacalle	409
La tercera torre del 11-S	433
El juicio en el que cayó la máscara	446
Mis ciento un argumentos contra la guerra de Irak	470
Mis cuatro días de marzo	500
Los cien días de ZP: «Oye, ¿tú crees en Dios?»	525
Cuando un presidente trata de «matarte» a besos	554
Fulgor y muerte de la comisión del 11-M	581

Los cuatro meses en los que se jodió la transición	608
«No se reina impunemente»	625
<i>Índice onomástico</i>	643

El director más joven de España

Era marzo de 1980. Acabábamos de asistir a un debate previo a las primarias demócratas en Hunstville (Alabama), una ciudad mediana del sur profundo, cuando Pablo Sebastián me dijo que le habían llamado de España para que me preguntara si era verdad que me iban a nombrar director de *Diario 16*.

Yo era corresponsal político de *ABC* y él una de las firmas más destacadas de *El País*. Llevábamos unos días viajando juntos por Estados Unidos, en una gira organizada por el Departamento de Estado, al hilo de la elección presidencial. Habíamos estado en un pueblecito de Massachusetts llamado Cohasset, charlando en un aula con el gobernador Ronald Reagan, favorito en el bando republicano. Cómo contaba aquel hombre los chistes que ridiculizaban el intervencionismo de los demócratas. Y también habíamos asistido al canto del cisne de Ted Kennedy, abrazándose a su mujer, Joan, en el hotel Park Plaza de Boston, la noche de su victoria en el «patio familiar», para tratar de conjurar los fantasmas del puente de Chappaquiddick.

Pero si el carisma de los Kennedy aún funcionaba en Massachusetts, era el resentimiento por su política contra la segregación racial lo que afloraba en Alabama. Recuerdo las vitriólicas octavillas que nos entregaron, aludiendo a la dramática muerte de Mary Jo Kopechne, la desdichada secretaria que se ahogó cuando acompañaba a Ted aquella noche de borrachera y aturdimiento una década antes: «Dios salva al senador Kennedy mientras la mucha-

cha se hunde». «Se cree que la devota pareja asistía a la misa del gallo». «Ted reza durante nueve horas antes de abandonar el lugar del accidente». «El Gobierno irlandés culpa al contratista italiano por el estado defectuoso del puente». Así pudimos comprobar hasta qué punto el juego sucio formaba parte del proceso democrático.

Huntsville (Alabama). El destino más inesperado en el que un chico de Logroño hubiera podido esperar que alguien le preguntara si iba a ser el director de un ya renombrado, aunque tambaleante, diario nacional. Pero las palabras de Pablo Sebastián me trajeron a la mente una escena de semanas atrás, en la casona de la localidad segoviana de Mazagatos, en la que un casi desahuciado Joaquín Garrigues Walker luchaba contra la leucemia, bromeando sobre la última remodelación política.

—El actual Gobierno de Suárez está compuesto por un montón de ministros mediocres y un ministro gravemente enfermo. Si se supiera lo que pasa en los Consejos de Ministros, la gente se agolparía en los aeropuertos.

Los Garrigues eran los Kennedy de la transición española. El patriarca de la familia, don Antonio, había sido embajador en Washington y el Vaticano, igual que Joseph Kennedy lo había sido en Londres. Y, como él, tenía cuatro hijos varones, destinados a la política. Y, como él, enterraría prematuramente a tres de ellos. Antes de esas tragedias, yo había escrito «La saga de los Garrigues», una serie de reportajes publicados en 1974 en la revista *La Actualidad Española*.

Desde aquellas primeras entrevistas congenié con Joaquín como no lo he vuelto a hacer nunca con ningún otro político. En 1980 lideraba el sector liberal de Unión de Centro Democrático (UCD), era ministro de Suárez y, por ideas y talante, encarnaba la «tercera España» en la que yo —que jamás podría ser ni rojo ni azul— me sentía encuadrado. Aquel día, en Mazagatos, el editor y principal accionista de *Diario 16*, Juan Tomás de Salas, se quejó de la mala marcha del periódico y especuló incluso con cerrarlo.

«¿Por qué no le nombras a este, que sabe lo que es el periodismo americano?», dijo Joaquín señalándome, medio en broma, medio en serio, y aludiendo a mis vivencias de unos años atrás en Estados Unidos durante el caso Watergate.

Tenía veintisiete años y me lo tomé como una simple ocurrencia. Es verdad que en *ABC* había rechazado ser jefe de la sección política para no perder autonomía en el seguimiento de la actualidad y que a algún compañero le había comentado que yo solo quería ser «redactor o director». Algo así como César o nada, en clave barojiana. Pero aquello no pasaba de ser una *boutade*. Un sueño casi imposible que solo en aquella España de la transición, que, entre sobresaltos y negras premoniciones, buscaba apresuradamente sus nuevos referentes, podía hacerse realidad.

No sabía que, según relataría después su jefe de gabinete Santiago González, la idea ya había sido planteada por Garrigues en una cena en casa de Juan Tomás de Salas: «¿Quién mejor que un joven liberal y libertario con cultura americana como Pedro J.?»», le dijo cuando hablaron del posible relevo de Miguel Ángel Aguilar.

El caso es que, pocas semanas después, a la vuelta del viaje a la Norteamérica electoral, cuando acababa de cumplir los veintiocho, Salas me ofreció el puesto. Era la incertidumbre, el riesgo, un viaje a *terra incognita*; pero ¿cómo no iba a aceptarlo?

Siempre quise ser periodista. Sin motivo ni explicación alguna. Había nacido en 1952, en plena posguerra, en una ciudad pequeña como la capital de La Rioja, sin muy ricos ni muy pobres, sin vida política, con apenas conflictos y poca actividad cultural. En mi familia no había ningún antecedente periodístico. Yo era el mayor de seis hermanos. Mi madre era una catalana dulce, bella y muy religiosa, con una estatua de la Moreneta siempre en casa. Mi padre, un constructor con más empeño, inteligencia e

ideas que espacio para desarrollarlas. Tenía fe en el futuro y siempre quiso que asistiéramos la mejor educación posible. Pero en el Logroño de entonces eso solo significaba estudiar en el colegio de los Maristas, tener una profesora de inglés, amiga de la familia, y recibir en los veranos a jóvenes irlandesas —*miss* Eileen, *miss* Kathleen, *miss* Annabeth— que venían como *au paires*, lo cual sí era una singularidad.

Desde muy pequeño tuve la sensación de que quienes me rodeaban en el colegio se fijaban en lo que yo decía o hacía, con más atención de la que prestaban a mis compañeros. Cuando hice la primera comunión me encargaron que pronunciara aquello de «¿Renunciáis a Satanás, a sus pompas y a sus obras?», para que los demás niños contestaran: «Sí, renunciamos». Todos iban de marineritos, yo de frac. A los diez años, el religioso encargado de la clase de ingreso en bachillerato, el hermano Ramón, me puso una bandera de España en la mano para que, al final de cada mañana, recorriera el pasillo, mientras otro niño hacía sonar una campana, dando por acabadas las clases.

Mi mejor experiencia escolar fue un efímero club de debates en el que daban puntuaciones y yo ganaba siempre. Detestaba en cambio las matemáticas. Cuando hice preuniversitario, me presenté por primera y última vez en mi vida a unas elecciones: la mayoría me votó como presidente de la Comisión Organizadora de las Fiestas, lo que implicaba hacer un discurso el día de San José desde las escaleras que dominaban el patio. Dije que el cineclub o las actividades deportivas eran tan importantes como las clases, lo que originó cierto revuelo.

Jugaba al baloncesto mucho peor de lo que me hubiera gustado. Pintaba malos cuadros que ganaron medallas en certámenes locales y medio siglo después un amigo descubrió en el Rastro de Madrid. Organicé, también en el patio del colegio, un festival de música con mi primera medio novia como copresentadora y contribuí a fundar una revista juvenil titulada *Nueva Gente*. Eso era lo mío: escribir sobre música, fútbol, toros o incluso política internacional.

Oía la emisora local y leía el periódico local. Nunca había querido saber nada ni de la Organización Juvenil Española (OJE) ni del Frente de Juventudes. Los uniformes me daban repelús. El día que escuché que habían asesinado a Bobby Kennedy tenía dieciséis años, pero lo sentí como algo personal.

Yo me vi pronto a mí mismo como el niño trajeado que en la película de Truffaut *La noche americana* recorre de noche las calles de la ciudad para, ayudado de un bastón, apoderarse de los fotogramas de *Ciudadano Kane*, adheridos con chinchetas a las carteleras de un cine. Ninguna película me impactó como esa, pero mi vocación era anterior. Al principio quería ser periodista para viajar como un reportero, llevar gabardinas cruzadas y salir con chicas guapas. Luego empecé a adquirir conciencia de la importancia de la prensa y de su capacidad de contribuir a cambiar las cosas. Fui enormemente feliz el día que me admitieron en el todavía Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra. Su luego decano, Carlos Soria, me hizo la entrevista preceptiva, en la que el asunto principal resultó ser la poesía de Pablo Neruda. Pamplona estaba a una hora de Logroño.

Nunca fui del Opus ni de refilón, pero aquella universidad fue mi *alma mater*. Durante la carrera, me dediqué más al grupo de teatro, en el que realicé como actor y director montajes de teatro-documento, y a los debates apasionados en la cafetería del edificio central, que a las clases propiamente dichas. Fui un mal estudiante, pero un buen universitario. Me suspendieron en Redacción Periodística por falta de asistencia y me dieron matrícula en Historia.

Hice mis primeras prácticas de verano en *Nueva Rioja* —entrevistando a actores y actrices de gira— y las segundas y las terceras en el semanario *La Actualidad Española*. Competía con *Gaceta Ilustrada* para ocupar el espacio en castellano de las grandes revistas de reportajes tipo *Life* o *Look*. Entonces descubrí Madrid y las complejidades del tardofranquismo, terrorismo etarra incluido. Cuando, en enero de 1973, ETA secuestró al empresario y

mecenas Felipe Huarte en Pamplona, cubrí la historia para la revista. Una mañana me desperté con la noticia de que habían detenido a uno de mis compañeros de clase, el luego productor de cine Ángel Amigo, por haber alquilado el coche utilizado por el comando. Anhelaba ver el final de la dictadura, pero sentía repulsión por la violencia, el nacionalismo y las ideas comunistas.

Mi vida se aceleró cuando descubrí en el tablón de anuncios de la universidad que se buscaban candidatos para un puesto de profesor ayudante de Literatura Española en el Lebanon Valley College de Pensilvania. Me gané al profesor norteamericano encargado de adjudicar la plaza y les saqué partido a mi primera profesora de inglés, a las irlandesas de mi adolescencia y a mi experiencia teatral. De hecho, mi trabajo de fin de carrera, «Hacia un teatro informativo», estudiaba la relación entre la estructura comunicativa del drama y la del periodismo. Muchos años después entendería perfectamente a Reagan cuando, recapitulando sobre su vida, dijo que no es que su condición de actor le hubiera ayudado a ser presidente, sino que le parecía incomprensible que alguien llegara a la Casa Blanca sin haber pasado por los escenarios y platós.

Aterricé en Estados Unidos en septiembre de 1973, en plena efervescencia del caso Watergate. Cada día veía con fascinación los telediarios de la CBS, la ABC y la NBC, siguiendo las vicisitudes del pulso entre la prensa y el gobernante más poderoso del mundo. Walter Cronkite, Dan Rather, Fred Graham —los tres de la más progresista CBS— y otras estrellas de los informativos de las cadenas se convirtieron en mis héroes admirados, y Nixon en el villano por antonomasia.

Escribí sobre la marcha un libro sobre aquel pulso que nunca se llegó a editar, con unas palabras de Nixon como título: *A Cronkite no le gustará...*; pero en cambio publiqué una serie de reportajes sobre los «Gigantes de la prensa americana» en *La Actualidad Española*. Para escribirlos visité el *New York Times* y el *Washington Post*. En el *Times* entrevisté a dos de sus leyendas vivas, Max

Frankel y Tom Wicker. En el *Post* conocí a la señora Graham, a Woodward y Bernstein y, sobre todo, a Ben Bradlee.

El ya mítico director del diario que había destapado el Watergate me concedió una entrevista justo el día en que el juez Sirica tomaba una decisión clave sobre las cintas incriminatorias para Nixon. Le describí, «a pie de obra, en su despacho siempre abierto», sentado con las manos apoyadas tras la nuca y los brazos abiertos, «con su inequívoco aire de truhan aristocrático, tan elitista como elegante», obsesionado por crear «una redacción a su imagen y semejanza». Me explicó que el *Post* era «un periódico de reporteros» y que su misión como director consistía en «fomentar su creatividad». Eso había ocurrido con Woodward y Bernstein al inicio del Watergate. «Hacía falta la tenacidad de alguien capaz de agarrarse a tenues pistas como a un clavo ardiendo —me dijo—. Alguien para quien aquello constituyera la gran oportunidad, la esperada e irreplicable gran oportunidad».

Pero Bradlee también me advirtió de que la misión del director era «ser prudente y no tratar de rentabilizar una historia cogida por los pelos, dañando la credibilidad del periódico». Por eso «uno de los escenarios más frustrantes del periodismo de investigación» era, según él —y vaya que si tenía razón—, descubrir que una pista era falsa, tras haber invertido tiempo, dinero y energías persiguiéndola. Un buen director debía ser capaz de «matar la historia», aunque «la realidad te estropee un buen titular». Nunca se me olvidaría ese consejo.

Cuando supimos que el juez había decidido entregar las cintas al Comité Judicial del Congreso, lo que implicaba su divulgación a la opinión pública, brindamos apresuradamente con Coca-Cola, en vasos de plástico, por la libertad de prensa, y a continuación me echó de su despacho. Había recibido la mejor lección de periodismo teórico y práctico de mi vida. Por primera vez pensé que algún día yo podría ser director de un gran diario y que, si ese momento llegaba, me gustaría actuar como Ben Bradlee.

Conscientemente o no, sus tirantes y camisas de rayas terminaron formando parte de mi estilo. Muchos años después volveríamos a vernos en Washington y él me explicaría que había sido al enterarse de lo que habíamos descubierto sobre los crímenes de los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL) cuando, por primera vez, había entendido el comentario despectivo del portavoz de Nixon, Ronald Ziegler, describiendo el caso Watergate como «una ratería de tercera».

Estaba viviendo en Pensilvania cuando ETA asesinó al almirante Carrero Blanco en su operación Ogro. Leí la noticia en la portada del *New York Times* en la biblioteca de la universidad y lancé una españolísima exclamación de cuatro letras, de esas que empiezan por *c*, tan sonora que la encargada me llamó seriamente la atención. Yo le expliqué que nada volvería a ser lo mismo en mi país tras la muerte de aquel lugarteniente de Franco de cejas boscosas, que encabezaba el Gobierno y parecía destinado a sucederle.

Cuando regresé, al finalizar el curso, el régimen franquista vivía sus estertores entre el tibio aperturismo del «espíritu del 12 de febrero», impulsado por el contradictorio y vacilante nuevo jefe del Gobierno, Carlos Arias Navarro, y la reacción integrista de la camarilla de El Pardo, organizada en torno a la esposa del dictador, Carmen Polo. Eran el búnker involucionista. Mingote dibujaba a los de su laya cual centauros encofrados en ladrillo. No soportaban ni la debilidad del Estado ante los recurrentes atentados terroristas, ni la condescendencia del ministro de Cultura Pío Cabanillas con el catalanismo —llegó a agitar una barretina como saludo en un acto oficial— o, sobre todo, con las chicas en bikini que comenzaban a proliferar en las revistas.

Fueron los meses de la primera enfermedad de Franco, la asunción de sus funciones por el príncipe Juan Carlos y el súbito

retorno del «Caudillo» —«Arias, ya estoy curado»—, dispuesto a aplicar la mano dura que desembocaría en los fusilamientos de Hoyo de Manzanares. Me había reincorporado a *La Actualidad Española*, apocopada ya como *LAE*, entrevistando a Ionesco o Kurt Waldheim y viviendo en Milán el lanzamiento del *Corriere*, la penúltima aventura de mi otro gran referente como director de periódicos, Indro Montanelli.

También acudía regularmente al Club Siglo XXI, en el que se expresaban las figuras empeñadas en cambiar la dictadura desde dentro. Eran los democristianos del Grupo Tácito, con Juan Antonio Ortega, Landelino Lavilla o Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón a la cabeza; los liberales, como Antonio Fontán, Satrústegui o el propio Garrigues; y los incipientes socialdemócratas, capitaneados por Francisco Fernández Ordóñez. Las tres familias de lo que pronto vendría a llamarse la *oposición moderada*.

El 29 de octubre de 1974 asistí al solemne acto anual del Consejo Nacional del Movimiento, en conmemoración de la fundación de la Falange. Era el Senado del franquismo y sus miembros sobreponían a las camisas azules y corbatas negras unas pintorescas chaquetas blancas de camareros de restaurante de lujo, muy al estilo del fascismo italiano. Un veterano falangista con bigote llamado Labadie Otermin pronunció, delante de Franco, un discurso tremebundo de vuelta a las esencias: «Defenderemos con uñas y dientes la legitimidad de una victoria que tratan de arrebatarlos».

Pero la noticia no estaba en el estrado, sino en el vacío que había dejado en el banco del Gobierno el ministro Cabanillas, destituido la noche anterior a instancias de doña Carmen y su clan de reaccionarios. Cuando Labadie terminó su soflama, Arias Navarro y todos los ministros prorrumpieron en aplausos. Todos, menos uno. Aún recuerdo el ceño fruncido y los brazos cruzados en ostensible desaprobación del vicepresidente económico, Antonio Barrera de Irimo. Era un vasco cabal y un economista solvente que durante los últimos años de su vida sería mi vecino en

Castellana 70. Su gesto disconforme de aquella mañana anticipaba la dimisión que presentó por la tarde.

También le secundó el presidente del Instituto Nacional de Industria (INI), Paco Fernández Ordóñez, que pronto se convertiría en otro de mis amigos y confidentes. El búnker había ganado la partida y la involución parecía imparable. La Fuerza Nueva de Blas Piñar y la Asociación de Excombatientes de Girón de Velasco iban apropiándose de la escena. Aún recuerdo con escalofríos la voz telúrica de Girón, «sin respirar apenas, arrastrando las consonantes», apelando a su asamblea de viejos airados —«¡Excombatientes, en pie!»— y recibiendo la respuesta unánime de la congregación, entre miradas furiosas a los bancos que ocupábamos los periodistas.

Una mañana presencié en la escalera de la iglesia de los Jerónimos, a la salida del funeral por un policía asesinado por ETA, cómo un grupo de ultras increpaba, brazo en alto, al jefe del Gobierno, en términos propios del «Celtiberia Show» que por entonces publicaba Luis Carandell: «¡Arias mantequilla! ¡Arias mantequilla!». Por el contrario, y ante mi casi simétrica sorpresa, un grupo de periodistas alineados con el aperturismo —Miguel Ángel Aguilar, Pepe Oneto, Ramón Pi, Federico Ysart, Lorenzo Contreras...— aplaudían al presidente.

El drama de esos meses desembocó en los juicios sumarísimos en los que tribunales militares condenaron a muerte —«al alba, al alba»— a una docena de presuntos terroristas y el Consejo de Ministros «se dio por enterado» en cinco de los casos. La noche previa a las ejecuciones acompañé a la mujer de Antonio Garrigues Walker —el hermano menor de Joaquín— a visitarle en el antiguo convento de las Salesas, sede del Tribunal Supremo, en el que se había encerrado junto al resto de la Junta del Colegio de Abogados, presidida por el exministro Ruiz-Giménez, reclamando los indultos que nunca llegaron. A todos nos impresionaba que el propio Pablo VI hubiera pedido clemencia en vano.

Entonces sobrevino la segunda y definitiva enfermedad de

Franco. Yo estaba haciendo la mili, destinado en el Batallón de Tropas del Ministerio del Ejército, sito en la Cibeles, pero tenía la suerte de que el coronel jefe de la unidad dedicaba la mitad del dinero asignado al rancho a financiar el club de atletismo, que era la niña de sus ojos, lo que implicaba que la mayoría de la tropa disfrutábamos de un permiso especial de treinta días en meses alternos. Eso me había permitido incorporarme a la redacción de *ABC*, de la mano de su nuevo director, José Luis Cebrián Boné, hasta entonces responsable de *La Actualidad Española*. Cebrián Boné pertenecía al Opus Dei, y eso limitaba su visión de muchas cosas, incluso su margen de movimientos a la hora de acudir a espectáculos públicos, pero tenía un notable instinto periodístico y una creatividad didáctica sin parangón. No tuve muchos directores, pero él fue con creces el que mejor me inició en el lenguaje explicativo de la prensa escrita y en el arte de titular.

Tras un breve paso por Deportes e Internacional, me asignaron al suplemento dominical —el *Colorín de ABC*, se le llamaba entonces— y Cebrián Boné me encargó un serial titulado «La saga de los Franco», equivalente al que había hecho sobre los Garrigues. Se trataba de reconstruir los avatares generacionales de la variopinta familia del dictador. A la hora de documentarme, entablé una relación de confianza con Nicolás Franco Pascual de Pobil, el sobrino aperturista al que la revista *Time* había incluido en su lista de líderes mundiales del futuro. Resultó ser una fuente inmejorable cuando el Generalísimo entró en barrena y parte de su entorno trataba de prolongar su vida como fuera, para afianzar sus posiciones de poder y tener maniatado al príncipe Juan Carlos.

Gracias a las confidencias de Nicolás Franco Jr. pude reconstruir la dramática operación a vida o muerte en el botiquín del cuerpo de guardia de El Pardo, al que el jefe del Estado llegó desangrándose envuelto en una alfombra. *ABC* la publicó en la primera página de tipografía, es decir, abriendo el cuadernillo central de información, siempre rodeado por las páginas de huecograbado, destinadas a las fotos. Fue mi primera gran exclusiva.

En los atardeceres de aquel noviembre, los periodistas, políticos de distintas tendencias y curiosos en general acudíamos a los alrededores del palacio del dictador, en El Pardo, paseando de arriba abajo por una de las avenidas circundantes, como si se tratara del «tontódromo» de la plaza del Espolón de Logroño, que los adolescentes peinábamos rutinariamente buscando los primeros ligues. Estábamos pendientes de si la bandera permanecía izada y del resplandor de la «lucecita», metafórica y real, que según una celebrada intervención de Arias Navarro seguiría encendida mientras Franco continuara vivo. Entre tanto, me había tocado volver al cuartel y resultó que en la madrugada del día 20 hacía el servicio de «imaginaria» o guardia nocturna en el dormitorio de la tropa cuando llegó un joven capitán y se me abrazó llorando: «¡Ha muerto el Caudillo! ¡Ha muerto el Caudillo!». Pocas veces me he quedado con tantas ganas de expresar a un interlocutor que mis emociones eran las opuestas a las suyas. La puerta del futuro se abría para los españoles.

Vivir la primera proclamación de un rey de España en tres cuartos de siglo, desde la redacción del diario monárquico por antonomasia, fue toda una experiencia de optimismo colectivo. Máxime cuando la presencia de Giscard y Helmut Schmidt parecía darnos por anticipado la bienvenida a Europa. Pero ni siquiera en la cúpula de *ABC* había coincidencia sobre el camino que debía adoptar España en ese momento.

De un lado estaba Torcuato Luca de Tena, el sucesor designado, el brillante y mercurial hijo mayor del histórico editor y dramaturgo «don Juan Ignacio», y por lo tanto nieto homónimo de «don Torcuato», el mitificado fundador. La genealogía de la casa iba siempre acompañada de ese trato reverencial, y de hecho la estatua en bronce de «don Torcuato» dominaba vigilante la sala principal de la redacción, como un buda de Bamiyán.

Su nieto Torcuato, ungido como continuador de la saga, había sido fiel a las esencias dinásticas y había rechazado que la corona fuera a parar al príncipe Juan Carlos, en detrimento de su padre don Juan de Borbón. Lo curioso es que, después de haber mantenido el tipo, a modo de contestación monárquica durante la dictadura, Torcuato se había hecho franquista después de Franco y repudiaba la transición hacia la democracia, «de la ley a la ley», que impulsaba su homónimo Torcuato Fernández Miranda. La sustitución de Arias Navarro por Adolfo Suárez le produjo un gran recelo, y la Ley para la Reforma Política, un hondo rechazo. Un día me citó en su domicilio para que le hiciera una «entrevista» y, en realidad, tras escucharle decir imperiosamente «¡anote!», descubrí que se trataba de un pomposo ejercicio de dictado.

Su hermano menor, Guillermo, un liberal elegante en el fondo y en la forma, abrazaba, sin embargo, la causa aperturista, a través de su estrecha relación con el delegado plenipotenciario de Suárez en la recién fundada UCD, Leopoldo Calvo-Sotelo. La vieja guardia de la casa, encabezada por Pedro de Lorenzo y José María Ruiz Gallardón, padre del futuro alcalde, estaba con Torcuato. Los jóvenes nos alineábamos con Guillermo, que fue nombrado senador por designación del Rey y terminó sustituyendo a Cebrián Boné como director. También con su cuñado, el exministro de Comercio Nemesio Fernández-Cuesta, que tomó las riendas de la gestión empresarial como consejero delegado.

La pugna se convirtió en un duelo fratricida que se dirimió en las urnas. En las primeras elecciones democráticas de junio de 1977, Torcuato se presentó al Senado por Alianza Popular y Nemesio por UCD. Ninguno de los dos consiguió el escaño, pero los centristas de Suárez, con mis amigos Garrigues y Ordóñez en primera línea, arrollaron a los «siete magníficos», todos ellos próceres franquistas, con Fraga a la cabeza, que habían creado Alianza Popular. Una mínima influencia debió de tener en ello la desopilante entrevista que me concedió Arias Navarro, también candidato aliancista, en la que relató, ante mi atónita grabadora, las

conversaciones que decía mantener con Franco cada vez que acudía a visitarle a su tumba.

He pasado la Semana Santa en El Escorial y todos los días me acercaba al Valle de los Caídos a conversar con el Caudillo. Luego se lo contaba a la Señora. La verdad es que no rezaba, y Dios me lo tiene que perdonar. A Él le decía: «Pero, Dios mío, si lo tienes que tener en el cielo..., si este hombre murió como un santo». Y mis conversaciones con el Caudillo..., pues yo le decía: «Mira, ya ves cómo estamos. ¡Como no nos vengas tú con un milagro desde arriba..., esto no lo arregla nadie! ¡No lo va a arreglar nadie!».

Cuando al año siguiente el escritor Vizcaíno Casas, muy afín al franquismo, publicó su libro satírico *Y al tercer año, resucitó*,* no faltó quien vinculó su fantasía con la de aquel hombre enjuto de grandes orejas que había servido de albacea político del dictador y seguía oyendo su voz. Cómo sería su testimonio que *El País*, ya erigido en portavoz de la izquierda, lo reprodujo íntegro en su sección de hemeroteca.

Yo ya no estaba en el *Colorín*, sino en la sección política de *ABC*, donde había liderado una serie de entrevistas titulada «Cien españoles para la democracia», por la que pasaron liberales como Satrústegui o Garrigues, nacionalistas como Pujol o Trías Fargas, democristianos como el histórico jefe de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) José María Gil-Robles o Fernando Álvarez de Miranda, y socialistas como Felipe González o Enrique Múgica. Había vivido de cerca los tremendos «días de enero» de comienzos de 1977, con los secuestros de los gerifaltes franquistas Oriol y Villaescusa por los Grupos de Resistencia Antifranquista Primero de Octubre (GRAPO), las muertes a tiros de dos jóvenes manifestantes y el asesinato de los abogados laboralistas de Atocha por la extrema derecha. «Las cuentas del rosario del

* Fernando Vizcaíno Casas, *Y al tercer año, resucitó*, Barcelona, Planeta, 1995.

miedo y del odio iban desgranándose como puñaladas inexorables a medida que pasaban las horas», escribí entonces.

Era una infernal espiral de acción y reacción sobre la que flotaba la sospecha de la manipulación policial. Asistí a la rueda de prensa de la Dirección General de Seguridad en la que el supercomisario Conesa presentó el desmantelamiento de los GRAPO —los tenía infiltrados como un queso de gruyer—, tras la «prodigiosa» liberación de Oriol y Villaescusa. Luego Suárez se sacó de la chistera la legalización del Partido Comunista en la «Semana Santa roja», a costa de ganarse la inquina de la cúpula militar y tener que recurrir a un almirante en la reserva para el Ministerio de Marina que ninguno en activo quería ocupar. Fue su primer gran gesto de audacia.

Sin el Partido Comunista no hubiera habido elecciones creíbles para la comunidad internacional. Cubrí con entusiasmo la campaña que desembocó en la primera gran fiesta de la democracia, viajando con algunos candidatos, asistiendo a los principales mítines y viviendo el suspense del interminable recuento en la que bauticé como «noche de los votos lentos».

Ese otoño publiqué mi primer libro, *Así se ganaron las elecciones*.^{*} Era una trasposición de la serie «The Making of the President» que Theodore White publicaba cada cuatro años después de la elección presidencial. Lo editó Planeta y tuve a Garrigues, Tamames y Alfonso Guerra como presentadores. El mismo día que celebramos ese acto en Mayte Commodore nació María, mi primera hija.

Tres semanas después, el 25 de octubre, asistí al regreso de Tarradellas a Barcelona. El párrafo central de mi crónica, titulada «Una jornada inolvidable para Cataluña», decía:

Tarradellas se dirigió enseguida al balcón central del palacio. El mismo desde el que un día hicieran históricas proclamaciones Ma-

* Pedro J. Ramírez, *Así se ganaron las elecciones*, 1977, Barcelona, Planeta, 1977.

cià y Companys, el mismo que durante cuarenta años permaneció prácticamente cerrado por falta de calor popular para recibir ningún mensaje lanzado desde su balastrada. «Ja sóc aquí», repitió entonces una, dos, tres, cuatro veces, en un gesto propio de un estadista de su talante. Entre vítores al presidente y a Cataluña, surgió entonces unánime el clamor: «Volem l'Estatut, volem l'Estatut». «Yo también lo quiero», exclamó Tarradellas, llegando a los corazones de todos los asistentes.

Guillermo Luca de Tena me encomendó a finales de ese año una sección dominical de dos páginas titulada «Crónica de la semana», a caballo entre la información diferenciada, el análisis y la opinión pura y dura. Era lo que siempre había querido, vivir a pie de calle como un reportero y poder escribir como un columnista. Nadie entendía que alguien de mi edad tuviera ese espacio y tratamiento en un diario tan vetusto y tradicional. Y menos aún que se me permitiera despotricar contra la derecha más nostálgica en los mismos términos que contra el Partido Comunista.

La primera vez que comencé a sentirme influyente fue cuando en junio de 1978 convencí a Joaquín Garrigues y Paco Fernández Ordóñez, durante una de las cenas que, solos o con algunos de sus colaboradores, celebrábamos los domingos en el restaurante chino House of Ming de la Castellana, de que me concedieran una entrevista al alimón. Nunca dos ministros habían hablado con una sola voz. Lo hicieron en la portada de *ABC* con un claro mensaje ideológico —«UCD debe ser el partido de las libertades»— y la propuesta de que, en cuanto se aprobara la Constitución, hubiera nuevas elecciones. El domingo siguiente completé la iniciativa apoyando sus tesis desde mi sección.

Poco después, Paco Ordóñez me pidió que grabara un *spot* para Televisión Española dentro de la campaña que estimulaba a pagar el recién establecido impuesto sobre la renta. Pensó que el

que alguien de veintiséis años pudiera contribuir al fisco podía impactar en los nuevos profesionales. Lo hice contando la historia de la mujer detenida en Londres cuando paseaba desnuda con su declaración de impuestos como hoja de parra, y condenada a una pequeña multa por escándalo público y dos años de cárcel por evasión fiscal.

También por esas fechas mantuve mi primera conversación con el presidente Suárez a solas. Transcribí todo lo que me dijo una mañana en un tresillo de su antedespacho, con dos servicios de desayuno frugalmente intactos, tras mostrarme el globo terráqueo que inspiraba su política exterior —«Somos la bisagra del mundo»— y el videoteléfono Emerson por el que hablaba con el Rey.

Uno de sus juicios más rotundos quedaría pronto desmentido por los hechos: «Yo sé cómo tratar a los tenientes generales. Yo les he dicho claramente que, si se rebelaban, los mandaba a un castillo. Les he dicho que yo sabía mandar porque ellos me lo habían enseñado siendo alférez de complemento. El Ejército ya no es un problema».

En cambio, sus valoraciones sobre sus dos principales antagonistas políticos permanecerían en mi recuerdo como fiel reflejo del juego de extrañas concesiones y complicidades que fue la transición.

He dedicado mucho tiempo al PSOE y a Felipe. Entre nosotros hay simpatía y entendimiento. He procurado enseñarle cuanto sé del gobierno del Estado [...]. En las próximas semanas va a tener que salir en la televisión diciendo que ya no es marxista. La primera vez que nos vimos me dijo diez o doce veces que era ateo. Cuando se hubo marchado, yo comenté que a ese me lo llevaba yo cualquier día a comulgar.

[...] La clase política me ha decepcionado, pero Carrillo es la excepción. Tiene un enorme sentido de cuál es la velocidad que conviene aplicar en cada momento. Siempre que tengo una con-

versación con los demás dirigentes paso luego dos horas reflexionando sobre lo que me habrán querido decir, sobre el mensaje oculto en sus palabras. Casi siempre llego a la conclusión de que no había ninguno. Con Carrillo siempre es diferente. Carrillo siempre me manda algún mensaje.

Pero lo que realmente me hizo sentirme un privilegiado, poco menos que subido en el estribo del tren de la historia, fue escuchar de la propia voz de Adolfo Suárez la recreación de la conversación que me dijo que mantuvo con Franco, a instancias del dictador, cuando dimitió en junio de 1973 —solo habían pasado cinco años— como director de Radio Televisión Española.

—Tú, que conoces bien el Movimiento..., ¿crees que subsistirá después de mi muerte?

—No, no subsistirá.

—¿Y el franquismo?

—El franquismo es un sentimiento, no una fórmula política.

Mi general, a su muerte vendrá la democracia.

—Entonces, ¿es que crees en los partidos?

—Los considero inevitables.

—¿Pero te refieres a una democracia como las extranjeras?

Suárez no me contó cuál había sido su respuesta a esa última pregunta, pero sí que esa prevención que Franco tenía hacia todo lo que viniera de fuera era lo que había llevado a Arias Navarro a propugnar una «democracia a la española» con base en las llamadas *asociaciones políticas*, enseguida desbordadas por el proceso constituyente.

Fueron los meses en los que Fernando Abril y Alfonso Guerra fraguaron el consenso constitucional en el reservado de un restaurante. Yo lo bauticé laudatoriamente en mi «Crónica de la semana» como «El pacto de “José Luis”». Tanto UCD como el Partido Socialista Obrero Español habían cedido lo suficiente para que pudiera aprobarse la Constitución de todos. Cuando iba a ser sometida a referéndum, impulsé junto a un grupo de amigos

liberales, también cercanos a Garrigues, como su subsecretario Pedro López Jiménez, el catedrático Pedro Schwartz o los economistas Julio Pascual y Daniel de Busturia, un colectivo que comenzó a publicar artículos con el seudónimo de *Publius*. El primero se titulaba «En defensa de la Constitución». Era la misma firma y el mismo *leitmotiv* que habían utilizado los federalistas liderados por Alexander Hamilton para respaldar el texto aprobado en Filadelfia.

Aquel fue un año terrible por culpa del terrorismo. ETA trató de hacer descarrilar el proceso constituyente cometiendo ochenta y ocho asesinatos. Los más notorios y significativos, los de un general y un coronel ametrallados en Madrid, precisamente el día de julio en que el Congreso aprobó el texto de la Carta Magna.

Personalmente me impactó mucho el de José María Portell, redactor jefe de la *Hoja del Lunes* de Bilbao, con quien había coincidido varias veces. Era el primer periodista víctima del terrorismo. Su viuda también era del gremio y tenían cinco hijos. Se dijo que había tratado de mediar entre ETA y el Gobierno. Al reivindicar su asesinato, la banda dijo que «había dedicado su prestigiosa carrera, así como sus privilegiados resortes, a atacar a ETA» y que «Portell daba una imagen infantil y desorientada de ETA». Era la misma expresión de la «banalidad del mal» que Hannah Arendt había detectado y descrito durante el juicio a Eichmann en Jerusalén.

En ese contexto vimos fraguar el golpismo militar, a través de la abortada operación Galaxia, cuando el teniente coronel Tejero y el capitán Sáenz de Ynestrillas fueron arrestados en noviembre por planificar, en la cafetería del mismo nombre, la toma del Palacio de la Moncloa. Poco antes, Felipe González, que me tomaba el pelo diciendo que era «el único periodista de derechas inteligente» que conocía —a lo que yo replicaba que el tiempo demostraría que el de derechas era él—, me pidió que me quedara a charlar un rato, tras un almuerzo con otros compañeros. Entonces me contó

que Suárez le había desvelado que un grupo de generales había acudido a ver al Rey para pedirle que rectificara el rumbo político de España. Yo lo publiqué en la primera de *ABC* y al día siguiente el secretario de la Casa Real, Sabino Fernández Campo, me envió su coche para que fuera a tomar café con él a la Zarzuela. Apenas nos habíamos sentado, apareció Juan Carlos y empezó a bromear para averiguar de dónde había sacado la noticia:

—Supongo que eso del secreto profesional estará vigente para todos menos para el Rey...

Yo no revelé mi fuente, pero di por supuesto, como no podía ser de otra manera, que en el origen de la historia estaba el jefe del Gobierno. El Rey pareció muy contrariado e incluso se echó las manos a la cabeza:

—¿De verdad que Suárez ha contado eso?

De vuelta a la redacción se lo comenté a Guillermo Luca de Tena y él me dijo: «No sabe usted lo importante que es lo que me cuenta». Había sido mi primera conversación con el rey Juan Carlos y en ella había aflorado su creciente distanciamiento de Adolfo Suárez.

La Constitución se aprobó en referéndum el 6 de diciembre de 1978 por una abrumadora mayoría. Era un gran final de partida, pero no había sucedido en un abrir y cerrar de ojos: «No es que España se acostara el miércoles autoritaria para levantarse el jueves libre y democrática —escribí el domingo siguiente—. Si nuestra contienda civil se comió a dentelladas 986 días de nuestra historia, la transición ha precisado de mil ciento once».

Una semana después pronuncié mi primera conferencia en el Club Siglo XXI, urgiendo a Suárez a convocar ya nuevas elecciones. Durante la cena-coloquio estuve flanqueado por los ministros Garrigues y Ordóñez, con Enrique Múgica muy cerca. El número tres del PSOE era amigo personal, al estar casado con una

chica de Logroño que había vivido justo enfrente de mi colegio. En la sobremesa mantuve una escaramuza dialéctica cuando el pope de la prensa franquista Emilio Romero se burló de mi súbita notoriedad diciendo que «los veintiséis años es una enfermedad que hemos pasado todos». Yo le contesté que me gustaría poder llegar a su edad habiendo hecho honor a uno de mis versos favoritos de León Felipe, como vacuna perpetua contra el cinismo: «Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo». Y le recordé que pertenece a un poema titulado «Romero solo...». Muchos se rieron, pero tuve la impresión de que a él no le hizo demasiada gracia.

La espiral acción-reacción seguía funcionando. Antes de que terminara el año sentí planear, por primera vez, la sombra siniestra del terrorismo de Estado. El 21 de diciembre el líder de ETA José Miguel Beñarán Ordeñana, *Argala*, murió destrozado por una bomba colocada en su coche en la localidad francesa de Anglet. El crimen fue reivindicado por un apenas conocido Batallón Vasco Español. Por la tarde del día siguiente conversé a solas con el ministro del Interior, Rodolfo Martín Villa, en un recodo del pasillo del Congreso y anoté luego mis preguntas y sus respuestas. Él combinaba su actitud cordial con las miradas al suelo, sumergido en sus gruesas gafas de culo de vaso.

—¿Qué crees que ha sucedido?

—La versión que conviene dar es la de las disensiones en el seno de ETA.

—¿Pero el Gobierno sabe qué hay detrás de ese Batallón Vasco Español?

—Estamos bastante cerca de la verdad.

—También sobre quiénes han sido los autores...

—Eso no te lo voy a decir. Pero sí te voy a dar una clave: nuestras relaciones con la Policía francesa son magníficas. Mucho mejores que con su Gobierno.

—¿Y qué consecuencias puede tener esto?

—Sabes que soy contrario a la negociación con ETA. El

atentado ha venido bien desde ese punto de vista. Y esto no está bien decirlo, pero ya podrían acompañarlo tres o cuatro más.

—¿Pero sabéis quiénes mandan en ETA?

—Tenemos muy claro quiénes son los líderes. Argala era uno de ellos. Quedan Apala, Peixoto y Txomin, que es el más militar de la rama de los «militares».

Luego hablamos de política —«en otras circunstancias yo hubiera sido socialista»— y me explicó que ya había comunicado a Suárez que quería dejar el Ministerio del Interior —«entre otras razones porque debo salvar mi matrimonio, bastante aguanta mi mujer»— y que había propuesto que le sustituyera Juan Rosón.

Entonces le pasaron a una cabina la llamada que había pedido con el gobernador de Vizcaya, Luis Alberto Salazar-Simpson. No le importó que escuchara la conversación sobre el dispositivo contra las protestas por el asesinato de Anglet.

—¿Qué tal, Luis Alberto? ¿Qué tal tienes la tienda?... Pues nada, sacude... Y si necesitas más gente, la pides... Que seamos nosotros más que ellos. Esa es la manera de que no pase nada.

Once días después un comando bautizado como Argala asesinaba al general Ortín, gobernador militar de Madrid. Tras su funeral, en el Palacio de Buenavista, donde yo había hecho la mili, se produjeron graves actos de indisciplina. Jefes y oficiales se apoderaron del féretro y lo sacaron a la Cibeles, mientras los congregados gritaban «¡Ejército al poder!». El vicepresidente Gutiérrez Mellado fue zarandeado y acusado de «masón» y «traidor».

El rey Juan Carlos aprovechó la inmediata Pascua Militar para reprender en términos durísimos a ese sector de las Fuerzas Armadas: «Un militar, un Ejército que ha perdido la disciplina no puede salvarse. Ya no es un militar, ya no es un Ejército. El espectáculo de una actitud irrespetuosa... es francamente bochornoso». Esa misma noche Martín Villa advirtió en TVE: «O acabamos con ETA o ETA acabará con nosotros».

Era el eco de nuestra conversación en el Congreso. Por eso el domingo encendí una alarma premonitoria en mi sección de

ABC: «La gran lección que se desprende de los incidentes del jueves es que, si el partido en el poder y los partidos de la oposición no son capaces de combatir el terrorismo desde perspectivas democráticas, pronto habrá quien lo intente al margen de ellos».

Quien más frontalmente criticó esa frase de Martín Villa fue Felipe González: «En cualquier país democrático, un ministro que hubiera dicho eso no solo habría sido obligado a dimitir, sino que habría visto definitivamente acabada su carrera política», aseguró en mi presencia en el Club Siglo XXI. Faltaban ocho años para que yo escuchara de sus labios algo equivalente, solo que llevado hasta sus últimas consecuencias.

Quando se disolvieron las Cortes y comenzó el forcejeo para la elaboración de las listas, Garrigues insinuó que yo podía dar el salto a la política. Fue la única vez en mi vida que tuve la tentación de hacerlo. La sofoqué releendo un fragmento de la entrevista que había hecho el año anterior a mi admirado Montanelli:

—Entre los periodistas españoles empieza a plantearse el problema de la militancia en este o aquel partido político...

—Un periodista militante es un periodista que ha abdicado de su libertad de opinión. Allá cada periodista con sus ideas..., pero lo que no puede es estar subordinado a un partido. No puede. No creo que un militante pueda ser un buen periodista... La propaganda es una profesión..., pero «otra» profesión.

Yo no quería cambiar de profesión. O, mejor dicho, de forma de vida. Me impliqué, eso sí, con más brío y profundidad de lo que lo había podido hacer dos años antes, en la campaña electoral. Aquello iba a ser un cara a cara entre Adolfo Suárez y Felipe González, y yo aproveché la relación de confianza que había logrado establecer con ambos para viajar con ellos por España, observándolos de cerca como candidatos.